Manzanita, manzanita

*“Necesito (...) un pequeño huerto.
Cuidar plantas es el único trabajo
que he hecho con alegría
y hasta pasión en este mundo”*

Gabriela Mistral

Si la mirabas un buen rato te dabas cuenta de que en realidad las plantas la habían cultivado a ella. Su pedacito de tierra –el mundo suyo– le dio paciencia, manzanas, varios amigos y algunos problemas.

Ese día amaneció cantando. Creo que fue su propio canto el que la despertó. No cantaba canciones. No creo que se le pueda decir “canciones” a esas palabras tejidas entre sí por una melodía que ella inventaba al mismo tiempo que olvidaba. A mí me parecía que a veces, sobre todo mientras trabajaba en sus manzanos, ni se daba cuenta de lo que estaba cantando. Priorizaba las rimas por sobre el sentido; le parecía que solo así estaba creando una verdadera poesía, una “*más puética*”:

Voy a sacar mis tomatitos

Que están yo vi

Muy muy fresquitos

Caminó con su bata puesta a hervir el agua.

Voy a cocer mis tres manzanas

Que hoy día hoy día

Se acaba la semana

El último verso no le convenció, porque la rima había quedado medio coja. Volvió a sus cartas seguras, que eran los diminutivos y la repetición de palabras para que cuajara una métrica intuida:

Voy a cortar más más leñita

Que hoy día viene

Mi nietecita

Yo llegué a almorzar a las dos de la tarde. Lo único que a mi abuela le gustaba de mi vida en Santiago eran los regalos que le llevaba (sin regalo no se me ocurría aparecer). Las noticias no le hacían gracia. Si le empezaba a contar los últimos sucesos capitalinos, su mirada empezaba a perderse. Intentaba sonreír, pero era demasiado transparente para ser creíble esa sonrisa (yo sabía que su sonrisa era en serio cuando se alcanzaba a ver que le faltaba un diente). Cuando ya no daba más con mis novedades ciudadinas –digamos que a los cuatro o cinco minutos– me interrumpía: “este año las manzanas se están demorando más en salir. Puede ser por el frío... nos pasó hace unos años. Las papas son otra cosa: salen igual, llueve o truene. Pero tenemos que saber cuándo regarlas, eso sí”. Seguía hablando en plural, aunque mi abuelo se había muerto hace casi diez años.

A mí no me faltaba ningún diente, pero ella también sabía notar mi aburrimiento:

–¿Y cómo va-la-Nuversidad?

Yo intentaba responderle sin ser condescendiente. De verdad lo intentaba.

–¿Y qué va a cosechar usted con tanto libro? ¿Se va a comer las palabras?

Ahora sí se reía hasta mostrar que le faltaba un diente. Su comentario estaba lejísimos de ser hiriente. Era su forma de contarme que en realidad no entendía.

–¿Qué le vamos a hacer *pueh* mijita? A mí me gusta el campo... debiera venir más seguido usted... si queda tan re cerca.

Desde que tengo memoria, mi abuela venía diciendo que “mi casita queda aquí, *re cerca*”. Se lo decía a quien fuera y de donde viniera, como si su casa quedara realmente muy cerca de todo al mismo tiempo.

–Mire abuelita, encontré un poema que le va a gustar– me lancé a leer sin más preámbulo:

*Los que siembran, los que riegan,
los que hacen podas e injertos,
los que cortan y cargan
debajo de un sol de fuego
la sandía, seno rosa,
el melón que huele a cielo,
todavía, todavía
no tienen un canto de suelo.*

Me escuchó atenta. Yo, ingenua, pensé que se iba a emocionar, que me iba a decir que el poema hablaba sobre su vida, que qué sé yo. Me desconcertó con su pregunta:

—¿Qué es un injerto?

Mi abuela llevaba toda la vida haciendo injertos (pero, ahora que lo pienso, nunca la oí usar esa palabra). Era por ella que varios vecinos tenían manzanos. Incluso había logrado que hasta en Santiago plantáramos un manzano, que nunca llegamos a cosechar. Es que ella no podía entender que compráramos manzanas, por eso siempre me mandaba de vuelta con un cajón de varios kilos: “Iléveselas, para que no compre. Yo jamás en mi vida he comprado una manzana. No pesan tanto... si usted va aquí cerquita no más”. Yo, hasta hace poco, le repetía que me demoraba unas seis horas en llegar a su casa, y que después del bus las manzanas llegaban machucadas.

Mi abuela nunca había ido a Santiago, porque tenía que cuidar su huerto. Le insistíamos en que algún vecino o familiar podía hacerse cargo por unos días, para eso había cosechado también tanta gente querida. “Tengo que cuidar mis manzanas”, decía mientras hacía otra cosa. Nunca intentó ampliar el argumento, solo lo repetía hasta que nos cansábamos de insistir.

Cuando se murió me di cuenta de que tenía razón. Me fui a instalar allá el verano completo, porque yo no quería ver morir sus árboles... yo no quería verla morir dos veces.

Me traje unos pesticidas que me recomendaron y compré artefactos cuyos nombres aún confundía. Hice memoria de todo lo que le había visto hacer y de todo lo que me había contado. Seguí mentalmente su rutina diaria de punta a cabo. Por supuesto, el invierno era distinto que el verano. En este ejercicio me percaté de que incluso los días de verano eran distintos entre sí: recordé días en que ella regaba dos veces algún manzano, y otros en que no regaba ninguno, sino que solo se acercaba a mirarlos. A veces cortaba alguna hoja, alguna rama. A veces no. Me estaba costando mucho trabajo encontrar reglas generales. Ni la deducción ni la inducción me convencían por completo: el libro que me habían prestado ("*Los diez errores del agricultor inexperto*") no calzaba para nada con lo que había visto hacer a mi abuela, pero lo que ella había hecho tampoco me permitía armar mi propio manual. Un día me pasé dos horas solo mirando los árboles, como si imitar esa conducta suya los fuera a mantener vivos. Cuando vi que la cosa se estaba poniendo difícil llamé a don Héctor, que ya me había dado algunos consejos.

–Mire, están medios feos los árboles– le dije.

–Sí, feítos están... su abuela siempre me daba manzanitas, y yo me las llevaba aquí en la carretilla. Si vivo aquí re cerca... – dijo apuntando con la boca en forma de "O" hacia cualquier parte.

–Don Héctor, ¿qué hago? Los árboles llevan varios días así medios feos.

–Sí hija, ya está ya. No van a volver a dar. Mire cómo están las raíces.

Yo veía las raíces igual que siempre. Y no podía creer el desahucio del caballero, porque ante mis ojos la situación se veía aún muy reversible.

–¿Cómo? ¿Me está diciendo que no van a dar más manzanas? ¿Nunca más?

–Ya está ya hija, un par de meses y el árbol no *le va darle* ni la hora.

–¿Qué habré hecho mal? Si le intenté copiar cada detalle a mi abuela.

Empecé a explicarle minuciosamente lo que había hecho cada día, esperando que me apuñalara encontrando un error. Terminé de hablar y se quedó pensando unos segundos.

–¿Y les inventó canciones? – me dijo don Héctor mientras echaba las últimas manzanas a la carretilla.

Margarita Ocampo